

DEL ENEMIGO EL PRIMER CONSEJO.

ALFONSO.
ASCANIO.
SERAFINA.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio que ocupa el Emperador.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO y ASCANIO, *envainando las espadas.*

ALFONSO.
Vuelve á ocultar el acero
Mientras que pasa esa gente;
Que en lugar ménos patente
Concluir, Ascanio, quiero
Dificultades de amor,
Que en tu competencia estriban.

ASCANIO.
De ordinario los que privan
Hacen deidad el favor
Que sus principes les dan;
Y en señal de su altivez
Pasan la raya tal vez
De la modestia.—Ya están
En su lugar las espadas,
Y la mia, te prometo
Que (en fe del nuevo respeto
Que á privanzas bien logradas,
En quien usa cuerdo dellas,
Debe el vasallo de ley,
Porque el gusto de su rey
Mira retratado en ellas)
No salga, aunque la provoques,
Segunda vez á ofenderte.
Téplate, Conde, y advierte
Que no porque el cielo toques
Del favor que el César te hace,
Es bien que desalumbado,
Con las alas de privado,
Si el sol ícaros deshace,
Te atrevas á quien te iguala,
Si no en dicha, en calidad.

ALFONSO.
No niego yo la igualdad
Que por noble te señala,
Ni al verme favorecido,
Atribuyas intereses
De venganzas, que cortesés
En mi privanza, han tenido
Hasta este punto encerrado
En el alma mi rigor;
Que á valerme del favor
Con que el César me ha premiado,
Con él te descompusiera,
De Milan te desterrara,
Los Estados te quitara,
Y su enojo te prendiera,
Sin necesitar agora
Desafíos, permitidos
Generalmente á ofendidos;
Pues tu discrecion no ignora
Que el privar suele poner
Freno á quien se le atrevió,
No con las armas cual yo,
Sino con las del poder.

PERSONAS.

FEDERICO.
LUCRECIA.

La escena es en Milan y extramuros.

ASCANIO.
Juntas, Don Alfonso, en una
Esas dos cosas opuestas,
Agravios me manifiestas
Con dichas de la fortuna
Que con el César alcanzas,
Y hacen tu esfuerzo mayor
Arrojos de tu valor,
Soberbias de tus privanzas.
Y como uno y otro abarca
La ciega pasión que tienes,
No miras que á reñir vienes
Con espada mas de marca.
Pero supuesto que yo
Ya me dispuse á envainarla,
Sin que intente desnudarla
Contra tí, porque te dió
Autoridad quien te nombra
Esfera de su secreto,
Y que en tí al César respeto
(Que en efeto eres su sombra),
Declárame la ocasion
Del enojo que te obliga
A que conmigo desdiga
Tu hasta aquí cuerda opinion:
Satisfaré tu recelo,
Guardando tu autoridad
Con lenguas de la amistad,
Mejor que con las del duelo.

ALFONSO.
Si quién eres ignorara,
Ascanio, ocasion tenia
De juzgar á cobardía
La lealtad que en tí es tan clara.
Mas no por ese respeto
Te procures evadir;
Que hemos los dos de reñir
En sitio mas solo y quieto,
Hasta que uno quede muerto,
Mientras el otro procura
La quietud que no asegura
Viviendo tú ó yo; esto es cierto.
Y así para que no ignores
Quejas que en la voluntad
Engendran mi enemistad
Por gustos competidores,
Oye la justa razon
Con que me agravio, y advierte
Que ménos que con tu muerte,
No admito satisfaccion.—
La condesa del Casal,
Si Serafina en el nombre,
Tambien en naturaleza
A tanto combate inmóvil,
Gonzaga en sangre, y mi prima
En deudo, aunque descomforme
En la aplicacion del alma
Que me olvida y que te escoge,
Quedó sin padres tan niña,
Que apenas dió al tiempo en flores
Esperanzas su hermosura,
Si para mi sinrazones,
Cuando en la ilustre tutela
De mi madre, viuda entonces,
Ensayando ingraticudes,
Dió el primer filo á rigores.

ARNESTO.
PORTILLO.

Crímonos los dos juntos,
Puesto que en la edad conformes,
Tan opuestos en las almas,
En gustos y inclinaciones,
Que cuanto yo apetecía,
Le daba en rostro: desórden
Bella por varia, que influyen
Celestes constelaciones.
Yo adorándola penaba
Los instantes que en la noche
De su ausencia padecía
Amorosas privaciones;
Y ella en viéndome presente,
Llorando sembraba en flores
Desdenes que ya gigantes,
Son de mi imposible montes.
Jamás en juegos pueriles
Pudieron años menores
Reconciliar amistades
Ni reciprocas acciones,
Hasta que aborrecimientos
Contraponiéndose á amores,
Pronosticaron desdichas
Que ya mis males conocen.
Creció mi amor con desvios,
Si hasta allí niño, ya jóven,
Y crecieron sentimientos
Mas fieros, cuanto mas hombres:
Parece que en Serafina
Los años y disfavors
Sobre apuesta se aumentaban
Al paso que mis temores.
Ya en el abril nuestra edad,
A su gusto humilde y dócil,
Buscaba con que obligarla:
Tal vez despoblado el bosque
De amorosos pajarillos,
En azafates de flores
Nidos la llevaba, ó cunas
De geminis ruisenores;
Tal vez el corzo manchado;
Y tal discurrendo el monte,
La dí, por prenderla Venus,
Al homicida de Adónis.
Mil fiestas vesti de galas,
Mil galas cubrí de motes,
Mil motes cifraron quejas,
Y mil quejas dieron voces
Contra mil ingraticudes,
Que hallando piedad en bronces,
En ella solo sirvieron
De aumentar desprecios dobles.
Como es amor mercader,
Y si no le corresponden
Quiembra su caudal fallido
Y por lo mas flaco rompe
Rompió en mí por la salud.
¿Qué mucho? Valientes robles
Besan las rústicas plantas
De quien les duplica golpes.
Llegué á la muerte. ¡Ojalá,
Como perdí las colores,
Perdiera el último aliento,
Y ahorrara penas atroces,
Que aumentando de dia en dia
Agravios á indignaciones,

DEL ENEMIGO EL PRIMER CONSEJO.

635

Para hacerse inexpugnables,
Buscan celos coadjutores.
Vió mi madre mi peligro,
Y adivinando de dónde
Procedían los efectos
De causas que el pecho esconde,
Piadosas solicitudes
Inventaron persuasiones,
Encaminaron promesas,
Ruegos, caricias y amores
Con que obligar á mí ingrata
A que añadiendo eslabones
Al parentesco, aceptase
El ser mi amada consorte.
Propisola de mi muerte
Los infalibles temores,
El malogro de mis años,
Las muchas obligaciones
De parienta, de pupila,
De generosa, de noble,
Y la crueldad que ganaba
Con el cielo y con los hombres,
Ocasinando mi muerte;
Apoiando persuasiones
Con lágrimas que ablandaran
A los tigres mas feroces.
Oyó, si no enternecida,
Atenta, importunaciones
Piadosas, no voluntarias;
Pidió plazo, y resolvióse,
Al parecer, á pagar
Amantes ejecuciones;
Mas cuando el alma no admite,
¿Qué importa que el cuerpo otorgue?
Díome salud en albricias
Este contento, y quítóle
La suya á mi hermoso dueño:
Yo convaleciente entonces
Por ver mi amor admitido,
Y ella enferma, con un golpe
Nos dieron la vida y muerte
Unas mismas ocasiones;
Como al paso me aborrece,
Que quiere mi amor la adore,
Fué la causa mi esperanza
De sus desesperaciones.
Llegó al cabo, visitéla;
Y ella, eclipsados los soles
Perdición de mi quietud,
Cuando de mis gustos norte,
Gualda el jazmin y el clavel,
Nublados los arrebóles,
Los granates ya violetas,
Y el rubio oriente ya noche,
Viéndose á solas conmigo,
Animada incorporóse
En la cama, y tras un ay,
Me dijo aquestas razones:
«Don Alfonso de Gonzaga,
El ordenado desórden
De las estrellas distingue
Las almas y inclinaciones.
Si tuvieran las dos nuestras
Influencias uniformes,
Y la voluntad pagara
Las dendas que os reconoce,
Y el cielo imposibilita;
El sér, que de un tronco noble
En los dos nos da una sangre,
Que generosa nos honre;
La regalada tutela
Que en esta casa da nombre
Mas de madre que nutriz
A quien mis años deudores
Mi crianza le confiesan;
Las partes que os anteponen
A todos vuestros iguales,
Cuando no á vuestros mayores;
¿Qué dichas no ocasionaran,
Darme amor los blasones
Que su yugo hacen felices,
Que tu paz hacen conformes?»

No quiso el cielo, no quieren
Las opuestas condiciones
Que en los dos se contrarian,
Que suerte tan feliz goce.
Alfonso, yo os aborrezco
Mas que la luz (no os asombre)
A las tinieblas eternas,
La lealtad á las traiciones.
¿Qué importará que obligada
El sí á vuestra madre otorgue
De esposa vuestra, si al fin
Es fuerza que se malogren
Mis años, que no pudiendo
Amaros, lijeros corren
En el abril de su curso
Al mar que las vidas sorbe?
Si sois verdadero amante,
Antepondréis mis pasiones
A las vuestras (¿quién lo duda?),
Y sin sufrir que despoje
La muerte, que espero cierta,
Mi edad en flor, daréis orden
De olvidarme, ó permitirme
Que en piélagos no me engolfe,
Imposibles de vencer;
Porque ántes el primer móvil
Dejará de arrebatar
Tras sí los celestes orbes,
Que yo quereros bien pueda.
Esto basta, y esto sobre
Para quien ama perfeto,
O adquirirá fama torpe.»
Dijo, y con un parasismo
Peligroso, persuadióme
A los repudios vitales
Castigo del primer hombre.
¡Juzgad vos de qué manera
Queda quien la sentencia oye
Capital, y ve sin vida
El alma de sus acciones!
Santi.... Pero esto se deje
A amantes contemplaciones,
Que cuanto mas las pondero,
Se quedan mas inferiores.
Volvió en sí desde allí á un rato,
Y yo con pasos veloces,
Con desengaños mortales,
Con homicidas dolores,
Sin hablarla y despedirme,
En un caballo de monte
Solo, aunque no de pesares,
Cuando espiraba la noche,
Sali de Milan, poblado
De quejas y compasiones
Los aires con mis suspiros,
Con mis desdichas los bosques,
Deseando hallar la muerte
Que al infelice se esconde.
Pasé á Alemania, y en ella
Mudando el traje y el nombre,
Servi al César Federico
Que allanaba los cantones
Del esguízaro rebelde,
Tudesco y grison, adonde
Con solamente una pica,
Fuéron desesperaciones
Hazañas que me ganaron.
Si no ventura, blasones.
Obligado el César dellas,
Generoso aficionóse
A honrarme, y fuéme premiando
Desde los mas inferiores
A los cargos mas sublimes,
Hasta fiarme en su corte
El gobierno de su imperio,
Consultas y provisiones.
Como mi apellido y patria
Negué, y me llamo Don Lope
De Haro, linaje ilustre
Entre Martes españoles,
No me conoció ninguno;
Y así en Milan publicóse

Mi muerte por la codicia
De intereses sucesores,
Que causándola á mi madre,
Estados y posesiones
Dividieron avarientos,
Perdieron disipadores.
Era yo de Castellon
Y Castelfofo conde,
Que feudatario al Imperio,
No pueden nuevos señores
Poseerle, si del César
Confirmados con el nombre
Y investidura, primero
Por dueño no le conocen.
A esta causa Serafina,
Que entre algunos pretensesores
Es la mas propinqua en sangre
A mis estados, valióse
De su accion delante el César;
Y mediando intercesiones,
Le suplica que en mi herencia
La ampare y poseione.
Supo ser yo su privanza,
Y que solo por mi orden
Se gobernaba el Imperio;
Y buscandome protectores,
Sin conocerme, me ruega
Que por su justicia torne,
Y no permita, yo muerto,
Que ambiciosos la despojen.
Halléme heredado en vida,
Rogado ofendido, y díome
La ocasion á manos llenas
Venganza en satisfacciones.
Pero el amor siempre hidalgo,
Que cree mas con rigores,
Como Dios perdona injurias,
Como rey reparte dones,
Pudo mas que mis ofensas:
Y burlando opositores,
Del modo que ántes el alma,
La rendí mis posesiones.
Ya condesa, y yo por ella
De favor y estados pobre,
Con Don Alfonso cruel,
Y amorosa con Don Lope,
Me escribí agradecimientos,
En cuyas cifras esconde
Deseos que satisfagan
Mis servicios acreedores.
Correspondiéron la pluma,
Y quedéle á sus renglones
Deudor, si no á sus palabras:
Porque aumentando favores
Y terciando medianeros,
Federico al fin me escogió.
Por su esposo, y ella alegre
Fiestas hace y lutos rompe.
Bajó el César á Milan,
Porque en ella se coronó
De la segunda diadema,
Hasta que en Roma le adorne
Con la tercera dorada
El mayor de los pastores;
Saliéndole á recibir
Entre grandes y barones
Serafina, que engañada,
Al punto que me conoce,
Alienta aborrecimientos
Y repudia obligaciones,
Por no cumplirme escrituras,
Con frivolas evasiones.
Jura malograr sus años
Antes que esposo me nombre
El César, que conociendo
Quién soy, junta admiraciones
A premios, con que la obligue,
Y su rigor no provoqué:
Temores y ruegos mezcla;
Mas ¿qué temor hay que importe
Contra un natural rebelde
Dispuesto á persecuciones?

Ascanio, yo sé que en vos
Los ojos y el alma pone,
Después que desengañada
Mis servicios desconoce.

ESCENA II.

Yo no tengo voluntad
A Serafina, si bien
Gozoco de su beldad,

ESCENA III.

FEDERICO, SERAFINA. — ASCANIO.
Si el ser yo su intercesor
No basta para obligaros,

De mi gusto y de su amor,
Fuerza será, Serafina,
Dar al derecho lugar,

Confiesa el entendimiento
Lo que rebelde resiste
La voluntad, que consiste

Ya es fe, que no es opinion;
Mas causando inclinacion
Sin forzar la voluntad,

Gran señor...
FEDERICO.
¿Aquí estáis vos,

Ascanio?

ASCANIO.
Siempre me empleo
En que os siga mi deseo

ESCENA IV.
SERAFINA, ASCANIO.
ASCANIO.
A mí viene enderezado
Este aviso. ¿Hay cosa igual?

En el pecho generoso,
Ascanio, la privacion
Da apetito á la afeccion,

ESCENA V.

ASCANIO.
¿Vive Dios que es caso recio
Que esto estribe ya en porfia!

Si voy, al César irrito;
Si ve que con él compito
Lucrecia, el favor ataja

ESCENA VI.
LUCRECIA, PORTILLO.

En fin, ¿vos sois español,
Y servís al Conde?
PORTILLO.
Fui

Es el colodrillo
De Castilla, que se llama
La Vieja, honrando su fama

ESCENA VII.

FEDERICO, ALFONSO.—LUCRECIA, PORTILLO.
FEDERICO.
Ni Serafina ha de usurpar condesa
A Castellon que su señor os llama,

¿Tiene mucha voluntad
A Serafina?
PORTILLO.
Eso es plaga

Todos los que le servimos
Andamos serafinados.
LUCRECIA.
¿Y es posible que con él

No sé.
PORTILLO.
¿Linda damera!
¿Quiérelle bien su siria?

Hay apetitos tan necios,
Que en fe de andar opilados,
Buscan manjares caducos;

ESCENA VIII.

ALFONSO.
Eso no, firmeza mia;
Con resistencia el valor,

ESCENA IX.

ASCANIO, SERAFINA.
ASCANIO.
El Emperador me envía
A tomar la posesion

Si no es que con vos puedo menos que
[ella. (Vase.)
LUCRECIA.
Con tal intercesor, no pongo duda

No estimarán que los amen
Los que están acostumbrados
A vivir de menosprecios.

Desdeña á quien no se inclina;
Trate mi fe con rigor;
Que la fama haré mayor

Una vez, puesto que la adora,
La llama faldas de Humana;
Pero ¿por qué es el exámen?

El alma puesta en vos, y en mí propicios
Favores, cuando esotra os menosprecia:
Estimad amorosos beneficios,

Se cansa de porfiar
Y á su gusto corresponde,
O vos eligiendo al Conde,
O él dejándos de amar.
Dad gusto al César, por Dios,
Y sacareis de cuidado
A Alfonso, al Augusto airado,
A Lucrecia, á mi y á vos.

SERAFINA.

Conquiste el César ciudades
Que despues el Conde adquiera,
Y no salga de su esfera
A conquistar voluntades;
Busque dama con amor
Su privado, en quien se abraze,
Que es afrenta que se case,
Despreciado, por favor;
Lucrecia por la ganancia
Os deje, que se le sigue,
Para que mudable obligue
A mas valor mi constancia;
Y vos, Ascanio, mostrad
Que sabeis satisfaceros,
Generoso hasta oponeros
A una pasion majestad;
Que os tendrán por ignorante
Si vuestro amor deslucis,
Mientras agravios sufris
Sin vengar celos amante;
Que yo en esta competencia,
De Castellon despojada,
Tengo hacienda excepcional
Del César, pues en la herencia
De mis padres sucedi,
Con autoridad bastante,
Cuando interesable amante
Mi dote ameís mas que á mi;
Que si primero os queria
Tibiamente, ya que os veo
Difíciloso, os deseo,
Y crece con mi porfia
Mi amor de suerte, que trato,
Si no sale vencedor,
Morir; que en lances de amor,
Lo mas caro es mas barato.

ASCANIO.

Juzgando vos disculpable
Ese desden que aumentais,
Porque de firme os preciais,
¿Es bien que yo sea mudable?
No, Serafina, primero
Que os ame (ved si es factible),
Será el Conde (si es posible),
Conmigo nuestro tercero:
Que yo á hacerle agravio llegue,
No os conseis en porfiar;
Porque yo no os he de amar,
Mientras él no me lo ruegue. (Vase.)

ESCENA X.

SERAFINA.

¿Porqué si eres niño, amor,
En los efectos criatura,
Te ofendes con la blandura,
Te aumentas con el rigor?
No es mejor,
Siendo dios, que lo parezcas,
Que apetezcas
Finezas con que te obligues,
Que ingratitudes castignes,
Y lealtades agradezcas?
Pero dirás que es delito
Huir tu jurisdiccion;
Que lo que está en posesion,
Es fuga del apetito.
Solicito
A Ascanio, cuyos empleos
Por rodeos
Vencen mis riguridades,
Porque las dificultades
Multiplican los deseos.

Muéstrome al Conde cruel,
Porque me sirve; y pudiera
Ser cuando me aborreciera,
Que me muriera por él.
Siendo fiel,
Su firme lealtad castigo;
A mi enemigo
Quiero fácil y amo ciega;
Huyo, amor, de quien me ruega,
Y á quien me desprecia sigo.

ESCENA XI.

ALFONSO, de camino. — SERAFINA.

ALFONSO.

Para desocasionaros,
Serafina, del aprieto
En que césaes rigores
A vos y á mi nos han puesto;
Aunque de veros me prive,
No hallo mejor remedio
Que ausentarme de Milan,
Si bien del alma me ausento.
Mándame el Emperador
Que segunda vez sea dueño
De los Estados que os di,
Y la libertad con ellos;
A que no os ame me obliga;
Como si en tales preceptos
Tuviere jurisdiccion.
Quien la tiene en el Imperio.
Contra vos está indignado,
Porque á influencias del cielo
Correspondéis desdeñosa,
Mis dichas aborreciendo:
Yo no, Serafina mia,
Porque solamente en esto
De conocer lo que soy,
Me puedo llamar discreto.
Bien sé que no tengo partes,
Si bien presunciones tengo
De amaros, para quererme.
Bien sé que merecimientos,
Hermosura, discrecion,
Pudieran, á conoceros
La fortuna que os envidia,
Señora del mundo haceros.

Sois serafin, mas que en nombre,
En prendas que reverencio,
Y solo otro serafin
Es digno de mereceros:
Yo de partes desvalido,
En pretensiones soberbio,
Desdichado en esperanzas,
Si dichoso en sus empleos,
Pudiera, pues os conozco,
Con faetones escarmientos
Reprimir intentos vanos,
Que han de quedar en intentos.
Bien haceis en desdeñarme;
Y ¡ojalá como confieso
Cuán loco soy en amaros,
Fuera sabio en no ofenderos!
Mas como á vos os obligan
Estrellas y astros opuestos
A aborrecerme indignada,
A mí me obligan los mismos
A adoraros presumido:
No los culpo, ántes les debo,
Venturoso en esta parte,
La gloria del pretenderos.
Que en Lucrecia mi amor mude
Me manda el César mi dueño,
O que me esponga á rigores,
De la privanza herederos.
No niego méritos yo
De su belleza; mas niego
Que á obediencias coronadas
Pueda amor vivir sujeto.
Prendas hace en vuestro Estado
(Que pues os le di, ya es vuestro),

Sin ver que andando desnudo
Amor, nunca estriba en ellos.
Para excusar, pues, peligros,
Que no por mi, por vos tomo,
Notifico á mis pesares
(¡Ay Dios!) segundos destierros:
Descansareis, Serafina,
No viéndome, y yo contento
Con saber que lo estais vos,
Si no amado, satisfecho
En que os sirvo, entretendré
Amorosos pensamientos,
Que por contemplarlos ricos,
Pienso conservar eternos.

Fernando reina en España,
Granada llama extranjeros
Que contra el moro sitiado
Ganen valor, si no premios:
Negaré mi patria y nombre:
Y al César, que por vos dejo,
Forzará á daros mi Estado
La fama de que soy muerto,
Si ántes que deje á Milan,
A las manos y el acero
De quien amais y me aguarda
En el campo, no lo quedo.
No volverá Italia á verme,
Condesa, viven los cielos,
Si no es que, del alma libre,
La compasion traiga el cuerpo.
Ella es vuestra, ya os la di;
A Castellon os entrego;
En vida me sucedeis,
Y en ella me desheredo:
¡Ojalá que como os doy
El pobre Estado que tengo,
En vuestras sienas honrara
Los tres lauros del Imperio!
Pero el vuestro Ascanio goce,
(Enjúgase los ojos.)

Y perdonad, que los celos
Mis ojos afeminaron,
Y sin consulta salieron
Del alma lágrimas nobles;
Que celos y amor á un tiempo,
Imitacion de nublados,
Vienten agua y lluven fuego.
(Quiere irse.)

SERAFINA.

Esperad, Conde, esperad;
Que no acredita su esfuerzo
Quien en los trances mayores
Teme el golpe y huye el riesgo.
Amar sin correspondencia
De sus damas, no es tan nuevo
Que en martirios del amor
No halleis valientes ejemplos:
Merecer perseverando
Sin esperanza de premio,
Da á la voluntad quilates,
Y corona el sufrimiento.
Si Federico (que en vos
Restituye su gobierno,
Y por el favor que os hace,
Se humilla tercero vuestro)
Os ve ausentar por mi causa,
¿Quién duda que á los primeros
Añada enojos segundos,
Quedando yo blanco dellos?
Yéndós vos, peligro yo;
Y no solo no sucedo
En vuestra herencia y Estado,
Sino que los propios pierdo.
¡Ved qué traza de buscar
A mis quietudes remedio,
Si en vuestra ausencia peligran
La fe vuestra y mi sosiego!
Ausentáos si es que intentais
Vengaros, pues lo merezco;
Pero desnudáos del nombre
De amante firme y perfeto.

ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO, ASCANIO.

ASCANIO.

Si en mi muerte ó en la tuya
Consiste el tener sosiego
Yo ó tú, ¿qué esperas?

ALFONSO.

Son fuego

Los celos, la fuerza suya
Solo en la materia estriba
Que sus llamas manifiesta,
Y no es posible cuando esta
Le falta, que el fuego viva.
Túvelos de ti; ya estoy
De suerte desengañado,
Que no ofendido, obligado,
Con esta espada te doy
Los brazos, si los estimas,
Y esta cédula con ellos
Que obligue á correspondellos,
Pues á mi instancia sublimas
Tu nobleza, ahora mayor.
El César, conmigo franco,
Provisiones me da en blanco,
Porque conozco mejor
(Segun dice, y no se engaña)
Lós méritos y sujetos
De sus vasallos discretos:
La majestad se acompaña
Siempre de la adulacion;
No sé qué tiene con ellos
La verdad, que huyendo dellos,
Tan raras las veces son
Que sigue la autoridad
De majestades servidas,
Que un rey, si no es por oidas,
No conoce á la verdad.
Esto inventó los privados,
Que, en fin, como mas tratables,
Llanos y comunicables,
Pueden distinguir estados,
Y conociendo sugetos,
Premiar los mas suficientes,
Pues por segundos agentes
Influye Dios sus efectos;
Y esta es la causa que en mí
Descanse el César acciones,
Y dándome provisiones
En blanco, no fie de sí
Lo que de mi lealtad fia.
Conozco tu discrecion,
Y así la gobernacion
De Milan y de Pavia
Te despacho en nombre suyo.
Vicario del sacro Imperio
Eres; que en su ministerio
Lo que le has de honrar arguyo.
Bésale al César los piés.

ASCANIO.

Con armas aventajadas
En las sospechas pasadas
Te traje aquí el interes
Amoroso; pero agora
Que, no usando del favor
Que te hace el Emperador,
Tu partido se mejora,
De tu valor das indicios:
Ya yo estoy en tu poder,
Porque no hay para vencer
Armas como beneficios.
Estimo los que me has hecho,
Y que conozcas de mí
Que nunca te deservi;
Y con esto satisfecho,
Renuncio la dignidad

42

ALFONSO.
Eso no, que es imposible;
Pero ¿qué traza hallarémos
Que á vos enojos no os cause,
Si os quejais de que me ausento?

SERAFINA.

Un modo imagino, Conde,
Tan difícil como nuevo,
Que si vos le ejecutais,
Os dará el lugar supremo
De cuantos vasallos honran
A amor, y en su golpe ciego
Con hazañas inauditas
El non plus ultra pusieron.

ALFONSO.

No seré ya desdichado,
Si dándós á vos contento
En algo, puedo alabarme
Que si no alcanzo, merezco.
Proponelde, pues, señora.

SERAFINA.

Propondréle, si bien temo
Que tiene de deslucir
Las finezas que habeis hecho,
Rehusándole por extraño.

ALFONSO.

Por agraviarne hasta en eso,
Dudais de quien, por serviros,
Es martirio de si mesmo.
Lo que os amo acreditad.

SERAFINA.

Ahora bien, no escuchéis cuerdo;
Que para lo que os propongo,
Loco, Alfonso, he menesteros. —
Yo no os tengo voluntad,
Ni, aunque lo procturo, puedo
Hacer que el alma rebelde
Se allane al conocimiento;
El César severo insiste
En que pagueis los empeños
De Lucrecia y la sirvais
Amante por gusto ajeno;
Desdeña mis pretensiones
Ascanio, celoso desto;
Que nadie es cortés con damas,
Si tiene por otra celos:
Yo que le amaba remisa,
Cuanto mas difícil veo
Mi ocupacion amorosa,
Mas su imposible apetezco.
Si deseais, pues, mi gusto,
Como afirmais y lo creo,
Haciendo la costa vos,
Fácil salida hallarémos.
Fingid que á Lucrecia amais;
Y obediente á los preceptos
Del César, hacéd ensayos
De amor, si no verdaderos,
Que en vos no serán posibles,
Cautelosos á lo ménos,
Que á Lucrecia persuadan,
Y al César dejen contento.
Obligad despues á Ascanio
Con dádivas y con ruegos,
Ya animándole á privanzas,
Ya ofreciéndole gobiernos,
A que su esposa me elija;
Que en él temores y apremios,
No siendo cual vos constante,
Sabrán conseguir mi intento.
El César entónces, grato
Al fiel reconocimiento
Con que ejecutais su gusto,
Y apacible á vuestros ruegos,
Me admitirá á vuestro Estado,
Con otros satisfaciendo
Vuestra lealtad y servicios,
Pues tiene tantos en feudo;
Y yo allanando rendida
Dificultades que han hecho

ESCENA XII

ALFONSO.

¿Qué de cosas encontradas
Banderizan pensamientos,
Que entre desesperaciones
Esperanzas van tejiendo!
¿Que no me ausente? ¿que sirva
A Lucrecia, y que ofreciendo
Amistad á Ascanio y cargos,
Contra mí sea su tercero?
Desafiéle celoso,
¡Y mándanme ser á un tiempo
Su abogado y su fiscal!
¿Qué terrible mandamiento!
Pero, en fin, lo prometí;
Palabras de amor perfeto,
En quien las ofrece noble,
Traen fuerza de juramento.
¡Sentencia desesperada!
Mas si bien la considero,
A apelaciones convida
Con vislumbres de remedio.
Que es mujer como las otras
Me avisa, y apeteciendo
Lo difícil las demas,
Lo fácil les es molesto.
¿Qué mucho que las imite?
Siempre me ha visto sujeto,
Sin resistencia á rigores,
A las leyes de su imperio;
Lo continuo causa enfado;
Lo exquisito da deseos;
Y lo que amor dificulta,
Hacen posible los celos.
Que celos la dé me manda;
Y quien me avisa con ellos,
Principios muestra de amor,
Mas piedad, rigores ménos.
Ya yo sé que cautelosa
Me facilita con esto
A persuadir á su amante
Que la corresponda tierno;
Pero tambien hemos visto
Que al contrario mas soberbio,
Queriendo acertar, le matan
Tal vez sus ardidés mesmos.
Démosla celos, amor;
Voluntad, encarecéos;
Ojos mios, divertíos;
Asistencia, acudid ménos;
Pensamiento, obedezcamos
A nuestro enemigo en esto
Desde hoy, y del enemigo,
Amor, el primer consejo.

T. V.

Que por el César me ofreces;
Pues si por ella apetece
Que profese tu amistad,
No por cargos lisonjeros
Se han de obligar mis cuidados,
Porque de amigos comprados
Pocos salen verdaderos.
Desinteresable intento
Servirte, Alfonso.

ALFONSO.
Ya sé
Los quilates de tu fe,
Y que del entendimiento
Distinta la voluntad,
Para que se facilite,
Tal vez cohechos admite;
Pero como es la verdad
Del entendimiento objeto,
Sola ella te satisface;
Que el prudente jamas nace
Al vil interes sujeto.
Yo á lo ménos nunca oi
Que haya por interesados
Entendimientos cohechados,
Pero voluntades si.
La tuya, por ser hidalga,
Ni admite ni paga pechos;
Solo recibe derechos
De la mia; y esto valga
Para obligarte á caudales
De nuestra amistad testigos;
Que no serémos amigos
Perfetos, no siendo iguales.
Sentíralo Federico,
Si desprecias su favor.

ASCANIO.
Por tí soy gobernador,
Puesto que te certifico,
Amigo, que para sello
Tuyo yo, no necesitas
Diligencias exquisitas.

ALFONSO.
Ay, noble Ascanio, y qué dello
Te he menester!

ASCANIO.
Dime en qué,
Y ¡ojalá difícil sea
Tanto, que un milagro vea
En mi de lealtad y fe
El mundo!

ALFONSO.
Me cumplirás
Esa palabra?

ASCANIO.
Dudando
De mí, me estás agraviando.
Declarate, y lo verás.

ALFONSO.
No te espantes; que ha de ser,
Aseanio, contra tí mismo
Lo que te pida: un abismo
En mi llegarás á ver
De contradicciones locas,
Si encerrándote en mi pecho,
En tu amistad satisfecho,
Lás penas que siento tocas.
Los imperios de un desden
Me obligan con riesgo igual
A cosas que me estan mal,
Y que no te han de estar bien.
Mira á qué estado he venido,
Que he de hacerte interesor
De un amor que no es amor,
De un olvido sin olvido.
Yo te tengo de obligar
A una accion, que si la dejas,
De tu fe formando quejas,
Si la haces, me has de matar
A ser tercero te obligo
Por mí, Ascanio, contra mí;
Como amigo fio de tí
Lo que hicieras mi enemigo.

Si no lo cumples, mi vida
Fin trágico ha de tener;
Y en cumpliéndolo, has de ser
Mi bienhechor y homicida.
¿Has oido tú jamas
Paradojas semejantes?
ASCANIO.
Ponderaciones amantes
Exageran eso y mas.
Acaba de declararte.

ALFONSO.
Yo aborrezco lo que adoro,
Desdeñoso me enamoro
De quien dudo, por amarte,
Que corresponda á mi intento:
Con esta has de interceder
Por mí; con la otra has de ser
Agradecido violento.
Has de aborrecer lo que amas,
Y amar á lo que aborreces;
Si lo que adoro apetece,
Mi agravio vive en tus llamas;
Si á quien amas no desdenas,
De tí me quejo ofendido.
Juzgarásme sin sentido,
O imaginarás que sueñas
Las quimeras que no entiendes.
Mas verás, cuando las sigas,
Que ofendiéndome me obligas,
Y obligándome me ofendes.

ASCANIO.
Conde, si no te declaras,
O imaginaré que pruebas
En mi amistades, por nuevas
Dignas de experiencias raras,
O desacreditarás
La cordura que hasta aquí
Tanta opinion tuvo en tí.

ALFONSO.
Declarome, Ascanio, mas.
Serafina, competencia
De la belleza y rigor.....

ESCENA II.

PORTILLO.—ALFONSO, ASCANIO.
PORTILLO.
Sabido ha el Emperador,
Señores, vuestra pendencia.
Mirad lo que habeis de hacer,
Porque en vuestra busca sale
Hecho un tigre.

ALFONSO.
Aplacaré
El llegar á conocer
La amistad que entre los dos
Hoy empieza á eslabonar
Lazos, que no han de quebrar
El tiempo ó la muerte. Adios,
Que voy á desengañarle.
Sigueme, porque despues
Que gracias cuerdas le des,
Puedas con asegurarle,
Ejercitar el gobierno
Que ya te ofrece Milan.
En confusion te tendrán
Las dudas que del infierno
De mis ciegas confusiones
Salen para atormentarme;
Yo volveré á declararme:
Sosiega imaginaciones,
Mientras á cumplir te ofrezcas
Leyes de amigo constante:
Serás á mi ruego amante
De quien ¡ojalá aborrezcas!

ESCENA III.

ASCANIO.
No es tan esfinge el enigma
Que Edipo yo no le entienda.
A la accion que me encomienda,

Me alienta y me desanima.
Cosas que le ban de estar mal,
Y que á mí no me están bien,
¿Que han de ser sino es desden,
Que con competencia igual
En Serafina procura
Correr con su amor parejas?
Cuando me intimaban quejas
Desprecios de su hermosura,
La respondi: «En vano os ciega
Tema que os ha de engañar,
Porque yo no os he de amar,
Si Alfonso no me lo ruega».
Puede tanto en la mujer
El desprecio y disfamor,
Que en vez de apagarse amor,
Incendios suele crecer;
Y está de suerte sujeto
A su gusto el Conde amante,
Que le obligará arrogante
A que leal, si indiscreto,
A su amor me perñada,
Y á mi dama se aficiona:
Por su intercesor me pone;
La duda está declarada.
¿No me dijo: «Si apetece
Mi amistad, y fiel te llamas,
Has de aborrecer lo que amas,
Y amar á lo que aborreces?»
¿No me dijo: «Si esto entiendes,
Verás, cuando lo prosigas,
Que ofendiéndome me obligas,
Y obligándome me ofendes?»
¿Que tereje no me ha pedido
Por él, solicitador
De un amor, que no es amor,
De un olvido sin olvido?
Luego, fingiendo olvidar
Lo que mas estima y precia,
Me obliga á que hable á Lucrecia
Por él: ¡extraño obligar!

Mas ¿qué he de hacer? Ya le di
Palabra de obedecerle;
Amigo fiel he de serle,
Pues ya se lo prometí.
A esto es bien que se sujete
Quien cohechos admitió,
Y ignorante como yo,
Lo que no sabe promete.
No me está mal que dé celos
A Lucrecia, que en el Conde
Divertida corresponde
Mal á mis firmes desvelos.
No la ama Alfonso, si bien
Disimula que la adora:
Si él finge que la enamora,
Finjamos acá tambien;
Y andando amor por extremos,
Nuestras palabras cumplamos,
Porque los dos pretendamos
Lo mismo que aborrecemos. (Vase.)

Sala en casa de Serafina.

ESCENA IV.

SERAFINA, LUCRECIA.
LUCRECIA.
Contenta te visito
En fe de que te debo hoy infinito.
¿Ay bella Serafina!
Amor correspondido desatina
De gusto, si agraviado
Locuras suele hacer desesperado
Si al conde Alfonso amaras,
¿Qué de esperanzas verdes marchitaras!
Y porque le aborreces,
¿Qué de favores en mi dicha creces!
De verme agora acaba
Tan amoroso, que me deja esclava.
Si tu amante primero,
Con limite le quise, ya le quiero

Tan sin él (no te espantes),
Que quinta esencia soy de los amantes.

SERAFINA.
Aplaudo tu ventura:
No es perfeto el amor que no es locura,
Y tanto del te toca,
Que en vez de enamorada vienes loca.
Mi primo el Conde es cuerdo
En la eleccion con que pesares pierdo
Causados de porfias
Opuestas siempre á inclinaciones mias.
Boite mil parabienes.

LUCRECIA.
No eres mujer, si envidia no me tienes;
Que en nosotras da pena
Voluntad despedida en casa ajena.
No la tengas tú desto,
Ni celos formes, ni el pesar molesto
De que Alfonso te olvide
Llamas recuerde que el desden despide;
Prosigue en despreciable;
Quemientras en tu agrado puerta no ha
A mí fe agradecido, ¡lle,
Ni temo celos, ni me asombra olvido.

SERAFINA.
Cuando te sirva en eso,
No haré mucho si ves lo que profeso
El darle pesadumbre,
Y que en mí es natural, si no es costum-
Aumentar sus enojos, ¡bre,
Porque su vista es fuga de mis ojos;
Puesto que la experiencia
Que hizo mi desden en su paciencia,
Hallá (y otros lo afirman)
Que sequedades el amor confirman,
Y al reves, los favores
Entibian gustos desmayando amores.

LUCRECIA.
Es verdad, si no es necio
El retiró, ni pára en menosprecio,
Porque este en vez de daños,
Entre venganzas logra desengaños.
Amor que se cultiva,
Limita al hortolano que derriba
De las plantas que poda
Ramas superfluas, no la cepa toda.
Quien ve en el mayo bello
Poblar el árbol arrogante el cuello,
Y de yemas paridas
Pulular sus criaturas presumidas,
Que llenas de arrogancia
Le chupan en pimpollos la sustancia;
Y quien ve al hortolano
Con riguroso acero y toscas mano
Cortar cogollos tiernos
Que se sonaban en el tronco eternos,
Juzgará, si no es sabio,
Que en vez de beneficios, le hace agr-
Pero verá el prudente ¡vio;
Que en fe de conservar lo suficiente,
Lo que es superfluo arroja,
Y por vestirle mas, mas fe despoja;
Pero de suerte puede
Podarle el Labrador, que seco quede.
Así en el amor pasa,
Que presunciones hortolano tasa,
Y tal vez sus favores
Desdeñoso limita y corta flores;
Mas no ha de ser de modo,
Que por mucho cortar lo pierda todo.

SERAFINA.
¿Qué diestra en hortolizas,
Ejemplos estudianta alegorizas!
Como el Conde me enfada,
Cortar, que no podas su amor, me agra-
Deseo que se seque, ¡da:
Y así no es mucho que instrumentos
Y en vez de podar ramas, ¡trueque,
Derribe el tronco y amortigue llamas.
¡Plegue á Dios, ya que en flores
Su abril te alegría, que al coger no llores

Frutos que me aperche!
Que aunque seco le juzgas, pormí vive,
Y encubriendo congojas,
Por darme el fruto á mí, te paga enhojas.

LUCRECIA.
¿Tan en poco me tienes,
Que con favores yo, tú con desdenes,
No sabré trasplantalle
De tu amor á tu olvido, y regalalle
De modo que en desprecios
Rinda tributos á desdenes necios?
Pues yo te certifico
Que si pobre en tu amor, y en mi fe rico,
(Porque vaya adelante
En metáfora de árbol nuestro amante)
Tan agrio le criabas
Con el desden que á su lealtad mostra-
Ya que á mi amor mudado, ¡bas;
Mi posesion le goza trasplantado,
De tu agrio riguroso
Y mi favor tratable y amoroso,
Salga (tenlo por cierto)
Porque me envidies, tan sabroso enjerto,
Que agridulce, Condesa,
Desabrada sin él juzgues tu mesa.

ESCENA V.

PORTILLO.—SERAFINA, LUCRECIA.

PORTILLO. (A Lucrecia.)
El Conde, en vuestra casa,
Esperándos, instantes mide y tasa
Por siglos: id, señora;
Que amor, que es niño, sin el ama llora.
Dalde el pecho al chiquillo, ¡llo.
Y entralde á ver por mí, que soy Porti-

LUCRECIA.
Ya va echando raíces
El árbol, aunque mas le esterilices.
Serafina, ten cuenta
Del modo que en mi empleo se acrecien-
Verás que en tu hermosura ¡ta;
Sabe poco tu amor de agricultura.
(Vase Lucrecia, y hace que se va Porti-)

ESCENA VI.

SERAFINA, PORTILLO.
SERAFINA.
Hola, no os vais vos. ¿Ois?
Hola.

PORTILLO.
¿Soy yo el oleado?

SERAFINA.
Escuchad.

PORTILLO.
Voy á un recado.

SERAFINA.
¿Que os llamo yo no advertis?

PORTILLO.
Esperando mi amo está.

SERAFINA.
¿Hay mayor descortesía?

PORTILLO.
Perdone vusiniria;

SERAFINA.
Que no somos de acá ya.
Las que á los amos desprecian,
A los mozos descaminan;
Si aquí nos deserafinan,
Sepa que allá nos lucrecian.
Mandar puede á sus criados,
No á los que no la servimos.

PORTILLO.
Hola, oid.

SERAFINA.
Convalecimos,
Si estábamos oleados.

Ménos holas, mas respeto;
Que ya pasaron los dias
Que estábamos en Olias;
Mi señor es ya discreto.
Con desden desdenes paga,
Y premia amor con amor;
Yo sigo en esto su humor:
Soy Portillo y él Gonzaga.
Toda presuncion es necia;
Y como Portillo soy,
Cerrado á vusia estoy,
Y abierto para Lucrecia.—
Perdone.

SERAFINA.
¿Pues sabeis vos
Que la quiere mucho?

PORTILLO.
Mucho.

SERAFINA.
Desde ayer acá le escucho
Extrañas cosas, por Dios.

PORTILLO.
Pues ¿tanto privais con él?

SERAFINA.
Como en su servicio estoy,
Mozo de cámara soy,
Y medro por cuerdo y fiel.
De cámara en camarada
Mudo el nombre, y privo ya,
Pues ya ve cuán cerca está
La cámara de privada.
Anoche le escuché á solas
Decir: «Pues que Serafina
Olvidarme determina,
Excusemos carambolas,
Y en Lucrecia gustos labren
Firmezas que amor destierra:
Donde una puerta se cierra,
Muchas dicen que se abren.
Pagar quiero su aficion,
Que es bella moza, y en fin,
Serafina será fin
De mi necia pretension.»

PORTILLO.
Llamóme, y dijo: «Portillo,
¿Qué te parece Lucrecia?»
Respondió: «Moza es recia;
Ayer la vi el colodrillo
(Que el mundo llama tozuelo),
Y vive Dios que me agrada
Del cogote á la papada:
Ablande este caramelo
Durezas serafininas,
Si bien la Condesa es tal,
Que no has de hallar otra igual
A sus partes peregrinas.
Airóse, y dijome: «¿Cómo,
Picaro! ¿pues no es primero
Lucrecia?» Así el candelero,
Y asentómele en el lomo
Como si fuera ventosa:
Apagósenos la vela;
Volvíla á tomar, sopléla,
Y encendila, que fué cosa
Que erizándole el cabello,
Me dijo: «¿Pues tú la enciendes?»
Y respondi: «¿Luego entiendes
Que Portillo no es doncello?»
Replicóme: «Al mayordomo
Di que saque una librea
Que de las colores sea
De Lucrecia». Yo que el lomo
Llevaba medio entumido,
Luego le senti aliviado;
Que en dolores de criado
Es gran rrepe un vestido,
Fuíselo á notificar,
Y cuando le volví á ver,
«Sola Lucrecia ha de ser,
Dijo, quien me ha de sanar.»
Trayéndole un Labrador
Un brazo de mucho precio,
Dijo: «Llámenle Lucrecio.»